



Rembrandt / Beatriz

María Teresa Andruetto

vientodefondo

Rembrandt/Beatriz

María Teresa Andruetto

Rembrandt

Autorretrato
ante el caballete

A Alejandro Schmidt.

*El pincel sirve para salvar
las cosas del caos.*
Shitao.

1

Esto es lo que queda
de un hombre que se muere:
un pincel y la mano agrietada
que sostiene el pardo, el rojo,
el amarillo... la mano que va,
que se desvela, desde el charco
de luz hacia la tela.

2

Lenta la pincelada oscura,
el hijo del molinero
tantea con ojos ciegos
la espesura
hasta dar con la luz.

3

Este rostro ya estaba
debajo de la tela, estaba y carcomía
con su podredumbre el retrato del joven
con gorguera. Bajo las arrugas y los ojos
deseñados están los ojos arrogantes
de otro tiempo, pero ni el otro ni éste
son grandes, a todos los ha herido
esta luz: ya nada es menos,
hasta lo más miserable
tiene su destello.

4

No es la pieza oscura donde pinta,
ni la pobreza que trajo la desnuda forma,
ni la luz que cae sobre la gorra,
ni el pelo desprolijo, ni la barba,
tampoco el cuerpo vencido,
ni el olor rancio del encierro.
Son los ojos que no encuentran
a Saskia, a Hendrickje, al bienamado Tito;
los ojos que se han vuelto
hacia un lugar de nada,
hacia el vacío.

5

Otros buscarán la nota pura,
la imagen que persiste, la tersura,
como buscan sus ojos en la tela

*(es la mirada lo que abrumba,
lo que desvela).*

6

También yo persigo una palabra
oscura en los retratos de Saskia,
en la ternura de Hendrickje, en la viva
luz de Tito, y el aire de bondad,
la carnadura de un hombre
que se deshizo.

Beatriz

A Beatriz Vallejos.

*Atardece:
Apaisado profundo.*

B.V.

Ayer

*incontaminado ayer
de San José del Rincón*

B.V.

por aquí pasó un corderito

¿un corderito?

no lo he visto

I

detrás del cerco de flores,
la mariposa en la pared de cal
y el grito de los teros

*(bila la lumbre, Amor,
y amanece)*

Celia
me guió por el jardín,
entre las cañas

(¿basta cuándo este ayer?)

había retablos en la mesa
y ese poema que habla de la luz
y las naranjas.

En la puerta, ella abrió el Ubajay.

Sentémonos aquí,
dijo,
de orilla a orilla,
que está buena la luz para ver

(alguien levanta un vaso
y resplandece)

II

resplandece

ella dice una palabra

amanece, resplandece

III

cuando el sol se acostaba
en el río, volví por las calles
de arena
hacia el terraplén

*hilos de las islas,
aire...*

una yegua
y su cría, un hombre de pesca,
una lancha

mientras volvía
a casa

como si no hubiese nadie.

Hoy

*Llueve en mi corazón y llueve
sobre el Yan Tsé.*

Juan L. Ortiz.

I

hablamos de Ayer,
de tu rincón
del Ubajay con sirirís y garzas

*(en el arrozal/ una garza
una garza sola/ una garza)*

tenías en otro tiempo un corderito,
y se lo llevó el río
(¿o aquella casita blanca?).

Ahora
ni el grito de los teros
ni sus pequeñas alas

estoy preparando la huida, decís,
y yo no sé hacia dónde iremos
con el cuerpo o la cabeza
esta mañana.

Levantamos los vasos,
*la jarra
entorna el agua*
pero qué celebrar.

Por el televisor pasa el entierro
de Arafat

Abu Ammar
Abu Ammar
pasa el entierro de Arafat

(si la mecedora fuera un ala,
si el ala fuera una flor)

si la mecedora fuera
un ala, prepararíamos la huida
para dos.

II

hay pequeñas azucenas en el patio
y como un collar de arena
donde termina el bosque,

pero dónde termina el bosque
¿en la garganta?

Llamamos a Celia, a Silvia,
a Clara...

ayer fui
hacia tu casa, vi tus lacas, escuché
el latido de tu corazón

yendo iba
descalza yendo iba
pies de arenal cruzando
desvaídos lilas
iba

íbamos las dos.

Si el tren pasa, si la vida pasa...
(¿no ha pasado ya?)
es porque *el río* lleva hacia
tu casa.

Los camalotes van hacia el olvido
por encima del silencio van

señalan nuestros pasos,
mi paso igual al tuyo.

Van.

III

*Con esa edad de Jacinto,
ay, y ese aire vendrán
a verme. En un collar de arena
anudo mis palabras a las tuyas.*

Escribo:

*tenías, Beatriz, un corderito
y su pelo era blanco como la nieve.
Era, en griego, como la nieve.*

Las lacas del Imaginero
con espinas de peces de tu río
y con nácar son ahora souvenirs
sobre la mesita.

Un corderito tenías
*en el idioma de las gárgaras del rocío,
y en el idioma del pan*

¿hay un idioma del pan?

*tu pelo es blanco
como la nieve.*

IV

Beatriz era una niña
en el idioma de las gárgaras
del rocío

y en el idioma del corderito.

Cantaré la canción del corderito:

*(¡la cantemos a dos voces
y una orquesta!)*

Árbol de la esperanza
—teoría del arbolito—
mantenme firme

*¿y qué es la esperanza,
madrecita mía?*

V

¿Cómo está Teresa?
¿Escribe?

(escribe, digo, todavía)

alguien se acerca
con un vaso de agua, una pastilla

*trinaba el agua/
trina/
huerto del alba/
trina*

sube
¿desde cuándo?
raposa, la rapiña.

*trinaba/canoa de la luna/
trina.*

VI

Con un poco de fe
llego a su casa esta mañana.
Por un momento la vida vuelve, y reímos
de nada.

*No te alejes, Mishka, de la felicidad,
decía Chejov, acéptala...*

Acéptala...

una mujer cena sola
¿cómo era cuando todo estaba vivo?

después quedamos
en silencio

es el silencio de la casa

(es el olvido)

VII

*Una vez con mi madre
en la feria...*

*una vez con mi madre,
en el último foco de una ruta,
frente a la casa de un tío...*

una vez con mi madre...

¿qué sabía yo entonces de la muerte?

¿qué sabía,
madrecita mía?

VIII

Árbol de la esperanza
mantenme firme:
sobre esta palabra que sostiene,
mantenme firme.

IX

Con un poco de fe, una se va sola

(preparo la huida y no sé
hacia dónde).

Algo nos distrae:

Hablamos

(¿o soy yo la que habla?)

de los bambúes al fondo de su casa

(ésta no es su casa)

de ese rincón del Ubajay
donde atardece como en este lugar
esta mañana.

Levantamos los vasos:

una ceremonia

de olvido.

Anudo

mi palabra a la suya, como un collar
de arena. Escribe, digo,
escribo.

Todavía.

Hablamos de su gata como un duende,
y de Violeta...
(está sentada frente al plato
de comida)

yo le llevé jazmines

*yendo iba
descalza yendo iba
pies de arenal cruzando
desvaídos lilas iba.*

Íbamos

pero la vida ha pasado
(*aguantaderos
del vivir*)

y dónde estás.

X

*Nos fue dado un día
a un paso del sol*

casi nada.

XI

Cuando Beatriz tenía un corderito
y su pelo era blanco como la nieve,
*nos fue quitado un día, a un paso
del sol*

Casi todo.

El corderito era como la nieve

en el idioma de las gárgaras del rocío
y en el idioma del pan
era como la nieve.

Tenía un corderito y el corderito
era blanco y Beatriz
era una niña
y de pronto, nadie
(humo, humus)

nada.

XII

Cantemos
*a dos voces
y una esperanza:*

Árbol de la esperanza
mantenla firme

*¿y qué es la esperanza
madrecita mía?*

Coda

Beatriz
tenía un corderito
que vino a comer
de mi mano

arre, corderito

*(palabra, mano,
vida)*

arre

arre

que allá arriba
esperan los jotes,

arre

San José del Rincón, noviembre de 2001.

Esteros del Iberá, julio de 2005.

Apuntes sobre Beatriz

Beatriz fue escrito a partir de dos visitas a la poeta santafesina Beatriz Vallejos y del encuentro –unos diez años anterior– con su poesía.

La primera visita, hacia noviembre de 2001, poco antes de la debacle nacional, en su casa de San José del Rincón, con recuerdos de artistas plásticos santafesinos –sus amigos– de la movida cultural de los sesenta, más un jardín frondoso con bosquecito de bambúes incluido, más calles arenadas de pueblo y la deslumbrante proximidad del Paraná o, mejor, de uno de sus brazos, el Ubajay. La segunda, en octubre de 2004, al pequeño departamento de Rosario al que la llevaron porque ya no podía vivir sola. A todo lo cual precede, en diez años por lo menos, el encuentro con su poesía –que provocó todo el resto– y después, de un modo epistolar, con su persona, a través de los breves escritos compartidos, en su caso al dorso de fotografías de lacas, actividad cuya factura en algún momento empezó a ocupar el lugar de la poesía.

Después de muchos titubeos, decidí titular el poema con su nombre, *Beatriz*, ese nombre que tanto

significa en la literatura de Occidente... El proceso de construcción, de progresión, fue complejo porque la escritura misma fue provocada por su palabra, y es con esas palabras tuyas fragmentadas que se hizo en mí el poema. Yo ya había trabajado a partir de las palabras de otros poetas, con citas en itálicas que tenían en todos los casos su referencia, que hoy, por lo menos a mí, me parece excesiva. Más tarde, en algunos cuentos, tal vez para probarme o por puro divertimento personal, introduje algunas citas (restos de literatura en la memoria) escondidas, tan escondidas que nadie me dijo haberlas visto. Fue divertido saber que una línea del *Poema conjetural* de Borges, por ejemplo, una línea muy conocida, por muchos citada, podía entrar en un texto narrativo sobre mujeres gordas perdiendo toda entidad, aplebeyándose –si se me permite el término– entre mis palabras.

Decidí, por una necesidad que me fue manifestando el texto en el mismo proceso del hacer, tomar las palabras de Beatriz Vallejos (muchas veces palabras, algunas veces frases), barajarlas y dar de nuevo, borrando a veces incluso su condición de cita: palabras (o breves frases) de Beatriz, en muchos casos intervenidas, a la vez que amalgamadas con las mías. Pero lo que en ella había llegó además al poema de otra manera: vinieron también citas textuales que, ésas sí, puse, en casi todos los casos,

en itálicas. También sucedió que aparecieron frases mías que necesité en una tipografía de cita. Digo necesité: es la palabra que se me ocurre, porque intenté suprimir las itálicas (como me lo pedía la razón, las buenas razones) y una y otra vez, en sucesivas capas de revisión, volví a ellas. Palabras de Beatriz intervenidas, modificadas, en romanas. Más mis palabras también en romanas. Más citas textuales de sus poemas en itálicas. Más líneas mías en itálicas, como si de citas se tratara. Y cuando parecía que todo iba a quedarse ahí quieto, vinieron también otros textos, otros restos: una cita de Juanele Ortiz, transcrita pensando en mis hijas, una frase de Chejov que viene siempre a mi memoria en una traducción cuyo autor desconozco o cuyo nombre perdí como tantas otras cosas, porque pertenece a una lectura de juventud, el esbozo de un relato interrumpido sobre la propia infancia, la frase *Abu Ammar*, nombre privado de Arafat que tampoco pude borrar de una revisión a otra, porque el día de mi encuentro con Beatriz en su departamento de Rosario era el día de la llegada a Palestina del ataúd con sus restos y yo veía, de soslayo, cómo se interponía entre nosotras la pantalla con la imagen de una caja, la caja donde cabe un hombre que es tragado por su pueblo. Eran imágenes de muerte, pero también de gloria, las que pasaban por el televisor, y ese nombre, ese sonoro nombre repetido, me traía ecos de las celebraciones

cristianas, especialmente de los rezos y letanías escuchados cuando acompañaba a mi madre a algún velorio en el pueblo y alguien se acercaba para preguntarle si podía rezar un responso. Recuerdos de su voz diciendo *mater doloris, mater peccatoris*, la rima insistente en los atributos de madre, y después *rosa mística, torre ebúrnea...* mis letanías preferidas y tras cada frase el murmullo portentoso del *ora pro nobis* que se descerrajaba sobre nosotros y cuyo significado y cuya música, oscura y teatral, tardé mucho en descifrar. Entre los muchos textos de otros que vinieron al poema que se fue escribiendo, llegó también una frase de la cultura cristiana: *Árbol de la esperanza mantente firme*, que recuerdo de los catecismos de la infancia y cuya existencia vi actualizada en una mayólica expuesta en un geriátrico donde trabajé muchos años; puesto ahí frente a la desesperanza estaba –está todavía–, en aquella mayólica, ese llamado a la esperanza. Frase/ llamado que, recordé después, está también en un cuadro de Frida Kahlo. Y finalmente (¿o fue todo al mismo tiempo?) llegó también el título de un trabajo de semiótica –*Teoría del arbolito*– que una amiga escribió y sobre cuyos materiales conversamos alguna vez.

Todo esto (y quién sabe cuánto más) está en la trastienda de lo que se va escribiendo. ¿Qué hacer con ese pasado de escritura y de vida que se

revela, que se oculta, que resiste en nosotros?, ¿de qué modo se subsumen en nuestra memoria esos restos?, ¿borramos o hacemos visibles los rastros?, ¿borramos primero para evidenciarnos después, en el título, el epígrafe, en estas conversaciones sobre lo escrito?, ¿o escribimos un poema sobre Beatriz, *para Beatriz*, un poema con sus palabras, para borrarla después? Con lo reciente y lo lejano, con el ayer y el hoy, se ha ido tejiendo un texto que vino a ocupar el lugar de la memoria, un texto donde las palabras de Beatriz Vallejos aparecen y desaparecen entre las mías mientras yo me muestro y me oculto en la confesión.

Andruetto, María Teresa
Rembrandt. Beatriz/María Teresa
Andruetto. - 1a ed. - Córdoba: Viento de
Fondo, 2018.
60 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-29042-7-2

1. Poesía Argentina Contemporánea. I.
Título.
CDD A861

Viento de Fondo, 2018
María Teresa Andruetto, 2018
Diseño editorial y portada: Lorena Díaz
(Primera edición en Argos, Córdoba, 2006)
www.vientodefondo.com
vientodefondo@gmail.com

Córdoba, Argentina, primavera de 2018

Con el trazo austero y la emoción finamente equilibrada de sus versos, María Teresa Andruetto nos recuerda en este libro que pintar al otro, prestarle oído o atención, digamos, es también pintar el propio autorretrato. Hondo en los otros, hondo en nosotros mismos; y viceversa. En la mirada de quien nos ha amado se disuelve el olvido, la anonimía que carcome todos nuestros gestos, y pone a salvo a la vez su propio rostro. Así, *Beatriz*, este libro de delicado homenaje, que entrelaza palabras y visiones de la poeta santafecina Beatriz Vallejos con las de Andruetto, y teje un extraño yo lírico a dos voces, de dos mujeres ocultas en la luz y en la sombra de la provincia y de la vida, es un cruce de aguas profundas y dulces donde cada una se habla y le habla a la otra; y haciéndolo, abre la cuna de una intimidad que nos mece, inquietando y sosegando a sus lectores, todos nosotros, apenas aferrados de la turbulencia del olvido.

Diana Bellessi.